

los beocios de la Europa. Reconquistaron en el siglo XIX su independencia; pero en vano el Congreso inscribió todas las libertades posibles en nuestra Constitución; allí donde la razón es esclava, la libertad no es más que una ficción, un instrumento; la libertad del belga consiste en hacer lo que á su cura le parece bien. Solamente donde el libre pensamiento se despierta, bajo la bandera del liberalismo, la vida reemplaza á la muerte; pero los liberales mismos llevan la señal de las cadenas que el catolicismo ha puesto á la nación durante siglos. Hé aquí cómo la libertad y la civilización son un fruto del catolicismo.

Sin embargo, estos fraudes piadosos se enseñan en Bélgica á título de axiomas. Se los exhibe desde la tribuna, y desde ella se proclama con tono de oráculo que «la Iglesia ha constituido el mundo moderno» (1). Como las discusiones de las Cámaras belgas apenas traspasan nuestras fronteras, vamos á contar á los lectores extranjeros una escena que tuvo lugar en el Parlamento en el año de gracia de 1860. Un ministro liberal, M. Rogier, se había atrevido á decir que las libertades políticas son de origen liberal. ¡Qué blasfemia! Bien se ve que M. Rogier no ha sido educado en un colegio de jesuitas. Allí se aprende la verdadera historia, tal cual un representante católico se encargó de enseñársela al ministro. «¿A quién debemos nuestras libertades? exclamó M. Dumortier. Al pontificado. ¿Ignorais que la libertad europea data de la Carta-Magna, y no sabeis que este primer monumento de vuestras franquicias ha sido erigido por las manos de un papa?» ¿Qué responder á tanta ciencia? La Asamblea permaneció muda de asombro y admiración. Ni una sola voz protestó contra este fraude histórico, porque fraude es. La verdad es que, lejos de fundar la libertad inglesa, el papa Inocencio III anatematizó la Carta-Magna y á los barones que la habían arrancado á su miserable rey. M. Rogier hizo algunas tímidas reservas en favor del liberalismo. Si todas las libertades no eran de origen liberal, le parecía al ménos que la libertad religiosa no era de origen católico. «¿Cómo! exclamó entonces el jefe del partido católico, el conde de Theux, ¡hay valor de

(1) DECHAMPS, en la discusión del proyecto de ley sobre la segunda enseñanza (t. I, p. 491).

decir que hay una libertad que no sea católica! «¿No es en los países católicos donde la libertad religiosa ha sido consagrada primeramente? ¿Tendremos que recordaros el edicto de Nántes?» A esto no había nada que contestar; y efectivamente, nada se contestó al conde de Theux. Todo el mundo convino tácitamente en que, si la libertad de conciencia reina en Europa, la debemos al pontificado, que hubiera querido exterminar á los herejes; la debemos á la inquisición, que hizo lo que pudo por exterminarlos; la debemos á la Iglesia, que aún hoy la rechaza! Todo esto es claro y evidente para los católicos belgas. Lo que es aún más evidente y más claro es que nuestros católicos son los dignos discípulos del abate Bergier; y los discípulos sobrepujan á su maestro. ¿Habrán estudiado con los reverendos padres? Calumnia, que algo queda. El fraude mismo, cuando es piadoso, á fuerza de ser repetido, acaba por pasar por una verdad. Sí, en el campo católico. Pero Dios vela por que la verdad no sea jamás ahogada. ¡Y el porvenir pertenece á la verdad, porque el porvenir pertenece á Dios!

§ III.—La Revolución y la Filosofía.

I.

Dejemos á un lado los hombres del pasado. Los desgraciados conocen que el mundo se les escapa, y en su celo ciego se aferran á todas las tablas de salvación; no ven que las armas desleales acabarán por destruir la causa en cuyo servicio se las emplea. Volvamos á la Revolución, y preguntemos á los hombres del 89 de dónde proceden. ¿Quién puede saberlo mejor? Entre los revolucionarios los había que creían que la religión podía conciliarse con la filosofía; pero aún éstos, á pesar de sus ilusiones, rendían homenaje á los filósofos y proclamaban que la Francia les debía la libertad. No hay testimonio más desinteresado ni más convincente. Oigamos al abate Fauchet hablando desde un púlpito cristiano: «Es preciso decirlo, y decirlo muy alto, y hasta en los templos, la filosofía ha resucitado la naturaleza, ella es la que ha vuelto á crear el espíritu humano, y vuelto á dar un corazón á la socie-

dad. La humanidad estaba muerta por la servidumbre; se ha reanimado por el pensamiento; ha buscado en sí misma, y en sí misma ha encontrado la libertad; ella ha lanzado el grito de la verdad en el universo» (1).

¡Qué confesion para un católico! ¡para un sacerdote! La humanidad estaba muerta. Sí; porque no tenía el libre pensamiento, y cuando el hombre no piensa libremente, no tiene verdadera vida, no es más que una planta que vegeta. ¿Y bajo qué régimen ha muerto la humanidad para la vida de la inteligencia? ¿Quién ha hecho del libre pensamiento un crimen? ¿Quién ha enviado á los libres pensadores al cadalso? La Iglesia. Y ¿quién ha resucitado á la humanidad? Los filósofos. ¿De dónde sacan la palabra de vida que realiza este milagro? ¿Van á consultar á la Sagrada Escritura? ¿Se dirigen á Jesucristo? No; descienden á las profundidades de su conciencia, escuchan la voz de la naturaleza; la religion natural les responde: el hombre ha recibido de Dios el dón del pensamiento para usar de él libremente. *Libertad*, tal es la palabra mágica que reanima á la humanidad moribunda. El catolicismo la habia muerto esclavizándola; la filosofía le devuelve la vida devolviéndole la libertad. ¡Hé aquí lo que dice un sacerdote católico en un púlpito cristiano!

Al testimonio de un católico añadamos el de un protestante, el de Boissy-d'Anglas, uno de los hombres más moderados de la Revolucion. Habia ya en el año III escritores que presentaban la Revolucion como obra de un puñado de facciosos. Boissy-d'Anglas dice que se necesita el delirio de la ignorancia para ver la accion maléfica de algunos individuos en un movimiento inmenso, fruto de los siglos y de la filosofía. Si la Revolucion es hija de alguno, puede reivindicar más ilustre descendencia: «Es hija de ese arte divino que multiplica con tanta rapidez y que conserva para las generaciones futuras todas las concepciones del genio» (2). No bastaba la prensa; ésta no es más que un instrumen-

(1) FAUCHET, Discurso pronunciado el miércoles, 5 de Agosto, sobre la *Libertad francesa*, en la iglesia de Santiago, durante una solemnidad dedicada á la memoria de los ciudadanos muertos en la toma de la Bastilla, p. 5.

(2) BOISSY D'ANGLAS, Dictámen sobre la Constitucion del año III. (*Monitor* del 11 messidor, año III.)

to; es menester el libre pensamiento para darle la vida. Y ¿quién reivindicó la libertad de pensar y de escribir? Los filósofos del siglo XVIII, y á su cabeza el genio universal, que por sí solo vale por un siglo. En cuanto la prensa fué libre, saludó á Voltaire como al precursor de la Revolucion. Se lee en el *Mercurio de Francia*, de 1790 (1): «Voltaire no ha visto todo lo que ha hecho, pero ha hecho todo lo que vemos. Los observadores ilustrados, los que saben escribir la historia, probarán á los que saben reflexionar que el primer autor de esta gran Revolucion que admira á la Europa y propaga por todas partes la esperanza en los pueblos y la inquietud en las Córtes, es sin duda alguna Voltaire. Él es quien ha hecho caer la primera y más formidable barrera del despotismo, el poder religioso y sacerdotal. Si no hubiese roto el yugo de los sacerdotes, jamas hubiera roto el de los tiranos... Él es quien ha emancipado el espíritu humano... Él es quien ha hecho la razon popular, y si el pueblo no hubiese aprendido á pensar, jamas se hubiera servido de su fuerza.»

Este testimonio de un contemporáneo nos enseña más acerca de la mision de la filosofía que las frases de desprecio ó de elogio de los historiadores modernos. Sí; los filósofos fueron los libertadores del espíritu humano, y en este sentido fueron los verdaderos precursores de una revolucion que estaba llamada á emancipar á los pueblos. Pensar libremente es la esencia de la libertad, con tal de que el pensamiento pueda manifestarse libremente y que la libre actividad de los individuos esté garantida por instituciones políticas. El libre pensamiento es, pues, el punto de partida de toda libertad. Los revolucionarios lo conocian; por esto celebraron á los filósofos como á los autores de la Revolucion. «Los filósofos, se dijo en la tribuna de la Asamblea nacional, son los primeros que han enseñado los derechos naturales del hombre; ellos son los que han difundido estas verdades entre nosotros. Hé aquí por qué las tiranías se han coaligado para desacreditarlos y perseguirlos. ¿No deben, en fin, recibir la recompensa de su celo, viéndonos aprovechar sus luces?»

La Revolucion, reconocida, elevó un templo á los grandes

(1) *El Mercurio de Francia* del 7 de Abril de 1790.

hombres que iluminan á la humanidad y que iluminándola la emancipan. Voltaire fué el primer filósofo que recibió los honores del Panteon. La Asamblea constituyente se los decretó. Treilhard recordó que en 1764 Voltaire anunciaba la Revolucion; decia que él no la presenciaria, pero que los hijos de aquella generacion la disfrutarían en toda su plenitud: «A él, pues, se la debemos, continúa el orador, y es tal vez uno de los primeros á quienes debemos los honores que destináis á los grandes hombres que han merecido bien de la patria.» El 30 de Mayo, Gossin dió su dictámen sobre la próposicion: «El 30 de Mayo de 1778, dice, se negaron á Voltaire los honores de la sepultura, y este mismo dia debe ser consagrado por el reconocimiento nacional, cumpliendo un deber para con aquel que ha preparado á los hombres á la tolerancia y á la libertad. La filosofia y la justicia reclaman para su triunfo la fecha misma en que el fanatismo perseguidor ha tratado de proscribir su memoria» (1). Hé aquí la verdad sobre la filiacion de la Revolucion. Ella misma proclama que Voltaire ha sido su precursor. ¿Y qué es lo que la Iglesia ha hecho con aquel á quien la Europa entera admiraba, y á quien la posteridad seguirá admirando? Le negó los últimos honores que se conceden á todo hombre; se lamentó más tarde de no haber hecho algo más; uno de los suyos, al ménos, un jesuita, deploró que se hubiese perdonado la vida á aquel que dirigió tan rudos golpes al catolicismo (2); si la Iglesia hubiera podido, Voltaire hubiera perecido en el cadalso ó hubiera sido sumido en los calabozos de la inquisicion. Hé aquí cómo el catolicismo preparó la Revolucion. La preparó con su intolerancia.

La Revolucion colocó las cenizas de Voltaire en el Panteon. ¿Cuáles eran á los ojos de los hombres del 89 los títulos del grande escritor para este honor nacional?

«Voltaire, dice el ponente de la Asamblea constituyente, ha

(1) *Moniteur* del 8 de Mayo de 1791.

(2) GEORGET, abate, jesuita, *Memorias para la historia de los acontecimientos de fines del siglo XVIII*, t. II, p. 234. «Si la Providencia hubiese permitido que este reformador, salido de los antros del Ténaro, hubiera muerto al nacer; si la autoridad, ménos indulgente, hubiese dado al mundo un grande y útil ejemplo de severidad, sea abreviando los dias de este envenenador público...»

anonadado el fanatismo, denunciado los errores hasta entónces idolatrados de nuestras instituciones; ha desgarrado el velo que cubria todas las tiranías... Los siervos del Mont-Jura le han visto conmovido el árbol antiguo que vosotros habeis arrancado de raíz... La nacion ha recibido el ultraje hecho á este grande hombre; la nacion lo reparará, y los franceses, libres, concederán al *libertador del pensamiento* el honor que ha recibido de ellos uno de los *fundadores de la libertad* (Mirabeau).»

La proposicion de conceder los honores del Panteon al gran incrédulo se resistia á muchas conciencias en el seno de la Asamblea. Regnault de Saint-Jean d'Angely insistió sobre los verdaderos títulos de Voltaire al reconocimiento de la humanidad: «No rindo homenaje solamente al talento; no le rindo solamente al espíritu más distinguido de su siglo, al hombre que la naturaleza no ha reemplazado todavía sobre el globo... Estos títulos, por preciosos que sean, no bastarian para decidir á los representantes de la nacion francesa á conceder al filósofo de Ferney los honores que se solicitan para sus cenizas. Yo los reclamo para el filósofo que fué uno de los primeros que se atrevió á hablar á los pueblos de sus derechos, de su dignidad, de su poder, en medio de una corte corrompida... Sabía que, para que un pueblo fuese libre, era preciso que dejase de ser ignorante; sabía que no se encadena á las naciones más que en las tinieblas, y que, cuando la luz llega á iluminar la deshonra de sus cadenas, se avergüenzan de llevarlas y quieren romperlas. En efecto, las rompen» (1).

Nada más conmovedor y más significativo que los honores tributados á Voltaire por la nacion. Sus últimos dias habian sido un triunfo perpétuo; pero ántes de la Revolucion nadie se atrevia á celebrar al *libertador del espíritu humano*. Cuando Voltaire fué colocado en el Panteon, la nacion celebró los funerales de aquél que la habia preparado para ser libre. Sobre una de las caras del sarcófago se leia esta inscripcion:

«Il combattit les athées et les fanatiques;
il inspira la tolerance;
il réclama les droits de l'homme»

(1) *Moniteur* del 31 de Mayo de 1791.

contre la servitude et la féodalité» (a).

En la otra cara lateral se leía :

*«Poete, philosophe, historien,
il a fait prendre un grand essor à l'esprit humain
ET NOUS A PRÉPARÉS A DEVENIR LIBRES» (b).*

La nación no olvidó la humanidad de Voltaire; este fué el sentimiento que le hizo ser adorado por el pueblo. Se leía en la cara posterior del sarcófago :

*«Il défendit Calas,
Sirven, Labarre et Montbailly» (c).*

Hemos entrado en algunos detalles, contra nuestra costumbre, porque los historiadores apenas los traen sobre los hechos de este género. Las luchas de la tribuna, y mejor aún las de los campos de batalla, les interesan bastante más. Sin embargo, ¿qué son los más bellos discursos, qué es la más brillante victoria comparada con la influencia de un hombre de genio sobre la humanidad? La memoria de Voltaire brillará con un resplandor inmortal, cuando la posteridad no sepa ya nada de los grandes hechos de armas ni de la sabia estrategia, que llenan una de las mejores obras sobre la revolución francesa. Damos la preferencia á Voltaire sobre todos los guerreros de la Revolución, aún sobre el más grande de todos, porque Voltaire libertó el espíritu humano, al paso que Napoleón volvió á encadenarlo.

La apoteosis de Voltaire no fué una obra de literatos; toda la nación se asoció á ella, y jamás se ha dicho con más verdad que la voz del pueblo es la voz de Dios. Dejemos la palabra á los dos

(a) *Combatió á los ateos y fanáticos,
inspiró la tolerancia;
reclamó los derechos del hombre
contra la servidumbre y el feudalismo.*

(b) *Poeta, filósofo, historiador,
ha hecho tomar gran desarrollo al espíritu humano,
Y NOS HA PREPARADO PARA SER LIBRES.*

(c) *Defendió á Calas,
á Sirven, Labarre y Montbailly.*

amigos de la libertad que han escrito la *Historia de la Revolución*, con ménos talento tal vez que otro historiador moderno, pero, ciertamente, con más verdad: «No era á un gran poeta, á un sabio universal; no era al primero de nuestros historiadores á quien el pueblo admiraba y deificaba; era á un gran filósofo, á uno de los principales autores de la Revolución. Al lado de la imagen de la Bastilla, de la corona mural concedida á sus vencedores, se llevaban las obras de Voltaire, como si se hubiese querido decirle: «Esta corona te pertenece: tú y tus obras habeis derribado el más formidable baluarte del despotismo.» Al rededor del carro en que iba triunfante despues de su muerte marchaban los legisladores, á quienes habia instruido enseñándoles que la nobleza y el clero, esas dos clases que ahogaban á la Francia, tenían piés de barro y que era fácil derribarlos; los jueces á quienes habia iluminado defendiendo la causa de los Calas, de los Sirven, de los Montbailly, de los Labarre; el pueblo á quien habia preparado á la Revolución recordándole sus derechos, y sobre todo sosteniendo con tanto valor como éxito la causa de los siervos del Mont-Jura. *No era la pompa fúnebre de un filósofo, era la de las preocupaciones y de los abusos; se celebraba á la vez la destruccion de los tiranos y la inmortalidad de aquél que habia empleado todas las armas del ridículo y de la razon para acelerar su caída» (1).*

II.

Hay dos genios poderosos que resumen aquel inmenso movimiento del pensamiento que se llama el siglo XVIII. La Asamblea constituyente ha concedido los honores del Panteón á Voltaire; ¿Qué va á hacer con su inmortal rival, Rousseau? Empezó por decretarle una estatua, como si se propusiera hacer justicia á las amargas palabras del gran pensador, cuando bajo el peso de un decreto del Parlamento, arrojado por Ginebra, llevando la vida errante de un proscrito, escribia: «Sí; no temo el decirlo: si existiese en Europa un solo gobierno ilustrado, un gobierno cuyas miras fuesen verdaderamente útiles y sanas, hubiese tribu-

(1) DOS AMIGOS DE LA LIBERTAD, *Historia de la Revolución*, t. VII, p. 41.

tado honores públicos al autor de *El Emilio*; le hubiese erigido estatuas. Conocía demasiado á los hombres para esperar su reconocimiento; no los conocía bastante, lo confieso, para esperar lo que han hecho.» La posteridad es siempre quien paga la deuda de los contemporáneos, y no sabemos si debemos lamentarnos de ello. El hombre crece con la lucha; es conveniente que experimente la desgracia: le aprovecha más la injusticia que ser el niño mimado de un público que con frecuencia presta ciegamente sus favores. Un miembro de la Asamblea Nacional, recordando las palabras que acabamos de transcribir, añadió: «Así es como en la amargura de su corazón debía replegarse sobre sí mismo un hombre injustamente perseguido. Hoy que, gracias á vosotros, existe en Francia un gobierno tal cual Rousseau hubiera deseado tenerlo para juez, ante aquellos mismos que han establecido este gobierno solicito con confianza la reparacion que se debe á la memoria de Rousseau. Sí, me atrevo á esperarlo; en el momento en que la más admirable y más completa de las revoluciones se verifica en Francia por la sola fuerza de la verdad y de la razón, cuando en esta grande y peligrosa empresa no teneis más apoyo que la opinion pública, ¡qué reconocimiento no debeis á aquél que, iluminando la voluntad soberana de la nación, cuyos órganos sois vosotros, os ha puesto en las manos las armas victoriosas con que habeis combatido el despotismo y asegurado para siempre nuestros derechos y nuestra libertad!» Á consecuencia de este discurso la Asamblea nacional decretó:

«Se erigirá al autor de *El Emilio* y de *El Contrato social* una estatua con esta inscripcion: LA NACION FRANCESA LIBRE Á J. J. ROUSSEAU. Sobre el pedestal se grabará la leyenda: *Vitam impendere vero.*»

El decreto fué aprobado entre los aplausos unánimes y repetidos de la Asamblea (1).

Los admiradores de Rousseau no estaban satisfechos. Cuando los restos de Voltaire reposaban en el Panteon, ¿no debía la Francia conceder los mismos honores al ilustre escritor que, á pesar de ser su rival, se propuso el mismo objeto, la emancipacion de la

(1) *Monitor* del 23 de Diciembre de 1790.

humanidad? El 27 de Agosto de 1791, en una sesion de la tarde, se presentó en la barra de la Asamblea nacional una comision compuesta de ciudadanos y literatos de París: «Habeis concedido á Voltaire, dijo el orador, los honores que le son debidos; habeis satisfecho su memoria: ¿habeis satisfecho, señores, la del autor del *Contrato social*?... ¿Con qué soberanía estuvisteis investidos para regenerar un gran imperio, para darle una constitucion libre? Con la *inalienable é imprescriptible soberanía del pueblo*. ¿Sobre qué base habeis fundado esa constitucion, que llegará á ser el modelo de todas las constituciones humanas? *Sobre la igualdad de derechos*. Ahora bien, señores, *Rousseau fué el primero que erigió en sistema la igualdad de derechos entre los hombres y la soberanía del pueblo* en el seno mismo del despotismo; estas dos ideas madres han germinado en los espíritus franceses y en los vuestros por la meditacion de sus escritos; y si, como no puede negarse, toda nuestra constitucion no es más que su desenvolvimiento, á pesar de cuanto haya podido decirse acerca de algunas opiniones particulares de Rousseau, que no parecen tan conformes con algunos de vuestros principios, *no deja de ser Rousseau el primer fundador de la constitucion francesa.*»

La Asamblea estaba presidida por Víctor Broglie; saludó en Rousseau al genio, colocándole por encima de todas las distinciones del nacimiento. Recordando los decretos que abolian la nobleza: «La Asamblea nacional, dijo, ha querido que en adelante el talento y la virtud sean las únicas señales de distincion entre los ciudadanos del imperio. Esto era colocar en primera fila á aquel que reunió ambas cosas; era colocar á Juan Jacobo en un lugar en el que no podia encontrar superior. Al decretarle una estatua, la Asamblea no se ha propuesto poner límites al reconocimiento nacional. Toda la gloria de Rousseau está en sus escritos y nada puede añadirsele por ningun honor, por ninguna pompa triunfal; pero esta pompa, pero estos honores concedidos, pagan la deuda de la nación y le dan grandes ejemplos. Los franceses conocen de dia en dia cada vez más lo que deben á aquél que, en su *Contrato social*, redujo á su justo valor el pretendido derecho del más fuerte, devolvió á los hombres la *igualdad de los derechos y á los pueblos su soberanía por tanto tiempo usurpada*; á aquél que en todas

sus obras enseñó, no solamente á ser virtuoso, sino tambien á amar la virtud; no solamente á sacudir las cadenas del despotismo y de la supersticion, sino tambien las del vicio; á aquél que, recordándonos incesantemente los sentimientos naturales, nos ha preparado tan poderosamente al sentimiento de la libertad, el primero y más imperioso de todos» (1).

La ceremonia no tuvo lugar hasta la Convencion nacional. Es como una muestra providencial del lazo que une al autor del *Contrato social* y la República. Voltaire y Rousseau fueron los precursores de la Revolucion; pero el uno inspiró más particularmente á la Asamblea nacional, que fué la primera que declaró los derechos del hombre; el otro fué el oráculo de la Convencion, que trató de realizar sus ideas de igualdad proclamando la República. Voltaire es el representante de la libertad; Rousseau es el órgano de la democracia, que atiende, ante todo, á la igualdad. Las dos tendencias son rivales, aún hostiles en cierto sentido, lo mismo que Voltaire y Rousseau fueron rivales y estuvieron separados. No que haya incompatibilidad entre la libertad y la igualdad; son éstas dos necesidades igualmente legítimas de nuestra naturaleza; pero para conciliarlas, es preciso tener una idea justa de la libertad y de la igualdad. Hemos dicho cuáles fueron los extravíos de la Revolucion; más adelante diremos que Rousseau participaba de aquellos errores, y que contribuyó á difundirlos. Pero llegará un día en que las dos tendencias se confundirán, en que la verdadera libertad dará la mano á la igualdad. Los decretos de la Asamblea Constituyente son una imágen y un preludio de esta conciliacion definitiva. Colocó la igualdad al lado de la libertad en la declaracion de los derechos, y reunió en un mismo templo, dedicado á los grandes hombres, las cenizas de Voltaire y de Rousseau.

III.

¿Debemos responder á las acusaciones que los escritores católicos lanzan contra los filósofos? Lo haremos, pero solamente por hacer constar unos ataques que, á nuestros ojos, son un título

(1) *Monitor* del 30 de Agosto de 1791.

de gloria para la filosofía. Cuando los reaccionarios dicen que Voltaire y Rousseau fueron los autores de la Revolucion, creen libertar de toda responsabilidad á los hombres y las cosas del antiguo régimen. ¡Vana tentativa que prueba su ignorancia y su pequeñez de espíritu! Las revoluciones no caen del cielo, no salen completamente armadas de la cabeza de un filósofo, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Los que conocen los elementos de la historia, saben que el presente procede del pasado. ¿Cuál es el pasado que engendró la Revolucion? ¿Son algunos filósofos? La posteridad ha contestado ya á nuestra pregunta, y su juicio no será ya reformado. No, no es Voltaire, no es Rousseau quien ha hecho la Revolucion; es el poder absoluto, son los ministros déspotas de los monarcas déspotas, son los nobles insolentes, lacayos ó señores feudales que estrujaban al pueblo; es una Iglesia á la vez intolerante y en decadencia (1).

No tratamos de negar que los filósofos hayan sido los precursores del 89; pero los precursores no son los autores, y, sobre todo, no son los responsables de los males producidos por las revoluciones. Léjos de esto. Si las revoluciones pudiesen ser prevenidas, lo serian si se escuchase á los escritores que las anuncian y en cierto sentido las preparan. ¿Se ha acusado jamas á los profetas de las calamidades que predicaban? Al mismo tiempo que profetizan el mal, revelan su causa é indican el remedio. La reforma del siglo xvi ha tenido precursores desde la Edad Media. ¿Quiere esto decir que se les deban imputar las calamidades que cayeron sobre la Europa despues del protestantismo? ¿Son culpables Juan Hus y Wiclef de la sangre derramada á torrentes por la Iglesia en las horribles guerras de religion? Si la Iglesia hubiese atendido á sus quejas, si hubiese comprendido las señales de los tiempos que anunciaban la tempestad, hubiera podido reformar por sí misma la cristiandad y evitarle el diluvio de males que la abrumaron. Los filósofos tambien fueron los precursores de la Revolucion del 89; desempeñaron el papel de médicos; señalaron los síntomas de la enfermedad; hicieron más, indicaron los remedios. Si la monarquía les hubiera escuchado, hubiera podido prevenir la Revolu-

(1) BENJAMIN CONSTANT, *Misceláneas* (De Madame de Staël y de sus obras).

ción, reformando los abusos del antiguo régimen. Pero los médicos fueron perseguidos como fautores ó cómplices del mal que denunciaban. ¡Y aún hoy todavía hay ciegos que los persiguen con sus vanos clamores!

Ahora se ve cuál es la grandeza de los filósofos. Son los elegidos de Dios, á quienes envia para iluminar á los hombres. Hay una revelación permanente que se verifica en la conciencia humana, bajo la inspiración de la Providencia. Los filósofos son los agentes de esta revelación. No es que ellos solos conozcan lo que falta á la humanidad, sino que lo conocen más vivamente y lo conocen más pronto. Un escritor alemán los compara á las altas montañas, cuyas cimas son iluminadas por la luz del sol, cuando los llanos están todavía sumidos en las tinieblas (1). Aunque no hubiese montañas, ¿dejaría de haber nacimiento del sol? Hé aquí, sin embargo, lo que pretenden los hombres de la reacción: si no hubiese habido filósofos, no hubiera habido Revolución. Más exacto sería el decir que sin la filosofía las revoluciones serian mil veces más malélicas. En efecto, la luz que reciben de Dios la difunden, y solamente la luz de la verdad impide á las revoluciones el destruirlo todo, como esos trastornos de la naturaleza física cuyas causas ignoramos, las tempestades, los volcanes, los temblores de tierra. Gracias á los filósofos, las revoluciones reconstruyen al mismo tiempo que destruyen; sin ellos, el elemento destructor aniquilaría á las sociedades.

¡Cosa notable! Se acusa á los filósofos de haber sembrado la revolución en los ánimos, y todos se dirigen á los reyes para obtener de ellos la corrección de los abusos que señalaban. Esto admira, y sin embargo, nada más natural. Los pensadores son los privilegiados de la humanidad; son los *aristócratas*, en el verdadero sentido de la palabra, los *mejores*. Estos aristócratas de la inteligencia, aún cuando reivindiquen los derechos del pueblo, no son del pueblo mismo. No piensan en acudir al pueblo para excitarle á obtener por medio de la insurrección las libertades á que tiene derecho. Desconfían más bien de las masas, porque las ven sumidas en la ignorancia y la superstición. Hé aquí por qué los filósofos

(1) BÖRNE, *Gesammelt Schriften*, t. VII, p. 309.

del siglo XVIII soñaron todos con una revolución realizada por un príncipe legislador.

Se acusa á los filósofos de ser revolucionarios, y se echa en cara también al más grande de todos ellos, á Voltaire, el haber adulado á los reyes. Si los filósofos eran cortesanos, ¿cómo habian de ser revolucionarios? Los ciegos partidarios del pasado no ven por qué Voltaire adulaba á los príncipes, por qué los decía que los filósofos eran los amigos de los reyes (1). Si los adulaba, no era á la manera de los nobles lacayos; era para obtener de los reyes la libertad que más amaba, la libertad de pensar; era para separarlos de la funesta alianza que habian contraído con la Iglesia, y que envolvió en la misma ruina á la Iglesia y á la monarquía. Si Voltaire era revolucionario, lo era á la manera de José II, no ciertamente á la manera del 93.

Todos los filósofos estaban en este orden de ideas. Citarémos algunos testimonios, escogiéndolos en las escuelas más diversas. Se lee en las Memorias de Duclos: «La tolerancia civil es de derecho natural; pero para imprimirla en el ánimo de una nación sería preciso el largo reinado de un *príncipe absoluto*, conservador de las costumbres por la autoridad y por el ejemplo, observador exacto y respetuoso del culto dominante, aún cuando fuese indiferente á todos» (2). Hé aquí un singular revolucionario. Reivindica la libertad, la que más interesa á los filósofos, la tolerancia, el libre pensamiento, ¡y para obtenerla, pide un *príncipe absoluto*! ¿Cómo ha de ser otorgada la libertad por un monarca que sea la encarnación del despotismo? La libertad religiosa es tanto un deber como un derecho; el deber de manifestar sus convicciones, lo cual implica la verdad, la sinceridad, ¡y Duclos pide un príncipe hipócrita!

Hé aquí un filósofo más radical que Duclos. El baron d'Holbach no gasta contemplaciones con los reyes. Sin embargo, dice:

(1) *Carta de 13 de Agosto de 1760 á Marmontel*: «Es preciso que el rey sepa que los filósofos le son más adictos que los fanáticos, los hipócritas de su reino.» — *Carta del 27 de Octubre de 1760 á Helvecio*: «El rey tiene interés en que el número de los filósofos aumente, y el de fanáticos disminuya.»

(2) DUCLOS, *Memorias* (en la colección de *Memorias de Petitet*, t. LXXII, página 244 de la 2.ª serie).

«¿No puede un príncipe amigo del orden y de la justicia llegar á ser en poco tiempo el restaurador de un vasto imperio? La sabiduría y la equidad, armadas de un gran poder, son capaces de cambiar en poco tiempo la faz de un Estado. El poder absoluto es muy útil cuando se propone destruir los abusos, abolir las injusticias, corregir los vicios, reformar las costumbres. El despotismo sería el mejor de los gobiernos, si pudiésemos esperar que fuese siempre ejercido por los Titos, los Trajanos y los Antoninos; pero comunemente cae en manos incapaces de usar de él con prudencia» (1). Nosotros decimos, por el contrario, que el despotismo es el más detestable de todos los gobiernos, aún cuando fuese ejercido por un Marco-Aurelio; porque en lugar de desarrollar las fuerzas individuales, las mata, y el poder de la civilización reside en el des-
 envolvimiento de la individualidad.

¿De dónde provenía aquella extraña ilusión de una reforma realizada por un príncipe absoluto? El filósofo de la democracia, Rousseau, va á contestar á nuestra pregunta. No tiene hácia el pueblo el desden que mostraba Voltaire hácia aquellos á quienes trataba de canalla; sin embargo, cuando se trata de dar una constitución á su república, no piensa en convocar á la nación soberana; apela á un legislador. ¿Recibe este legislador sus poderes del pueblo? Rousseau no lo dice; pero aún cuando así fuese, como órgano de la nación, no dejaría de ser absoluto. El ideal que Juan Jacobo tiene ante los ojos, es un Moises, un Licurgo, hasta un Mahoma. Admira la ley judaica, siempre subsistente, la del hijo de Ismael, que, desde hace diez siglos, sigue rigiendo la mitad del mundo. «Aun cuando el ciego espíritu de partido, dice, no vea en ellos más que impostores afortunados, el verdadero político admirará en sus obras ese grande y poderoso genio que preside á las instituciones duraderas.»

Sigamos al legislador de Rousseau en su trabajo, y veremos que no difiere del príncipe absoluto de los filósofos. Le llama «á cambiar, por decirlo así, la naturaleza humana, á transformar á cada individuo, á alterar la constitución para robustecerla.» ¿Có-

(1) *Ethocracia*, ó el gobierno fundado en la moral (atribuido al baron D'HOLBACH), p. 6.

mo y con qué objeto se ha de colocar el legislador por encima del Creador? «Quitará al hombre sus fuerzas propias para darle otras extrañas, de tal modo que cada ciudadano no sea nada ni pueda nada más que por todos los demás.» Esta es la subordinación completa del individuo á la sociedad. Para matar al hombre natural y sustituirle por el hombre social, se necesita un poder extraordinario: es nada ménos que una misión de Dios, una función que nada tiene de común con el imperio que dan los hombres. Rousseau aprueba muy de véras que su legislador acuda á la intervención del cielo para imponer las leyes, «á fin de arrastrar por medio de la autoridad divina á los que no pudiera convencer la prudencia humana.» Hémos en pleno despotismo, un despotismo contra el cual no hay recurso posible; un despotismo que es eterno, inmutable, porque tiene su principio en Dios (1).

La autoridad de los antiguos es la que arrastró á Rousseau y á los filósofos. Dios les hizo la gracia de llevárselos de este mundo ántes de 1789, porque hubieran renegado de todos sus discípulos, como lo hizo Raynal. ¿Quiere esto decir que no les debemos reconocimiento alguno? Sus errores mismos atestiguan en su favor y contra el antiguo régimen. Apelaron á los príncipes, á fin de que quedara bien demostrado que, si la revolución estallaba, la responsabilidad debería caer sobre la monarquía y sus aliadas, la aristocracia y la Iglesia. Los filósofos pusieron en cierto modo á los reyes en el caso de contestar. Léjos de responder á la intimación, se obstinaron en su ceguera y en su egoísmo. Desde aquel momento el juicio de Dios los condenó. Habían sido advertidos, y léjos de escuchar la voz de los profetas que Dios en su misericordia les enviaba, los rechazaron, los persiguieron, entregaron sus escritos en manos de los verdugos.

Esto es lo que constituye la grandeza de los filósofos. Centinelas avanzados de la humanidad, se hallaban en la vanguardia, levantando su voz en la soledad y desconocidos aún de aquellos á quienes servían. Un escritor, que es, por decirlo así, el espíritu de libertad encarnado, Benjamin Constant, les hizo esta justicia en medio de las tempestades de la revolución, después de los crímenes del Ter-

(1) ROUSSEAU, *Contrato social*, lib. II, cap. VII.